

que los marcos generales resultan especialmente relevantes para la comprensión de los procesos particulares.

Elías J. Palti

*Universidad Nacional de Quilmes,
Universidad de Buenos Aires,
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas. Conicet*

ENRIQUE FLORESCANO (coord.), *Arma la historia. La nación mexicana a través de dos siglos*, México, Grijalbo, 2009, 284 pp. ISBN 9786074295535

Sintetizar es para la escritura de la historia lo que el amor al matrimonio: no hay historia sin síntesis pero sintetizar acaba siempre en traición a la riqueza de la historia. *Arma la historia* es una nueva síntesis mínima de los 200 años de vida de la nación “México”; una suma a varias y diestras manos coordinadas por Enrique Florescano. Se trata de un libro diseñado para apelar a un amplio público lector, para entender la historia patria con mesura pero sin desdén por los enigmas, con claridad pero con un mínimo de detalle. En seis ensayos que cubren cronológicamente distintos tramos del camino entre, grosso modo, 1780 y 2000, Alfredo Ávila, Erika Pani, Aurora Gómez, José Antonio Aguilar y Soledad Loaeza, con tino, logran algo difícil: volver a contar historias sabidas pero desactivando añejos orgullos nacionalistas, ideológicos y raciales. Y lo hacen incorporando la más reciente historiografía.

El tono didáctico se mantiene a lo largo del volumen, pero cada ensayo enfrenta a su manera el estado de las distintas cuestiones y decide los puntos a resaltar. Es manifiesto el interés de utilizar datos duros, económicos, sociales, mezclados con algunos panoramas menos cuantificables (vida cotidiana, la niñez, algo de cul-

tura popular, algunas anécdotas coloridas). La historiografía de cada periodo es muy variopinta, así que, por ejemplo, el ensayo dedicado a la post-revolución cuenta con poco material que incorporar, en tanto que los capítulos del porfiriato o de la independencia tienen mucha más tela de dónde cortar.

La independencia es contada con un sinnúmero de matices; sin perder su heroísmo, Hidalgo cede pista a Morelos y, en algo, a Iturbide, los años de violencia aparecen más como una guerra civil que como una confrontación entre liberales criollos y absolutistas españoles. La primera mitad del siglo XIX —el ensayo más débil de *Arma la historia* (acaso porque no cuenta con una vasta historiografía a la cual recurrir) —es contada como una historia política más o menos convencional pero tratando de dar coherencia al aparente caos y, sobre todo, resaltando las limitantes económicas y políticas en la formación de un Estado, incluyendo los aspectos internacionales. El imperio, la república restaurada y el porfiriato realmente ganan una nueva síntesis en *Arma la historia*, una que incorpora mucho de lo nuevo que sabemos sobre el tema. La Revolución es descrita con las tintas fuertes cargadas del lado del conflicto, las continuidades con el porfiriato y la desmitificación de dogmas de la historia económica y social de la Revolución. Las primeras décadas posrevolucionarias aparecen como un periodo mucho más importante y formador del México contemporáneo que la propia Revolución —una propuesta afortunada y provocadora. Finalmente, las últimas décadas son contadas como algo más que el paso de sexenios y con un acento especial en la lucha por la democracia, heroína que aparece tarde en escena: ni tan bonita ni tan excelsa, pero ahí, luchando por vivir.

Por mesurada que sea esta nueva síntesis —y es la parsimonia su característica más sobresaliente—, contiene los ingredientes para armarla a la manera del Pípila sí o Pípila no durante la década de 1990. Pero es improbable que *Arma la historia* sea objeto de las

pasiones de editoriales y programas radiofónicos, porque es una propuesta demasiado profesional, seria y minuciosa como para extraer de ella el renglón que haga las de cabecera en los periódicos o de muletilla en los tertulianos de la radio.

Por cumplir con brevedad diría que hay tres nuevos acentos en esta síntesis, cuya expresión varía dependiendo del periodo y del historiador que los maneja. El primero es un sano regreso a cuestiones ecológicas, geográficas y demográficas. El segundo, derivado del primero, es un acento en lo que hace décadas Lesley B. Simpson llamó “los muchos Méxicos”: la diversidad geográfica, política, étnica y económica de México a lo largo de 200 años. En tercer lugar, *Arma la historia* es un loable esfuerzo por desmitificar la fuerte carga moral de la historia patria. Así, por decir, no aparecen malos españoles ni buenos criollos, la República Restaurada resulta menos paradisíaca o se cuentan las bondades mexicanas frente al exilio español a la par del anti-semitismo y del racismo de las políticas migratorias de la década de 1930.

Por supuesto que el vicio nuestro, el de los expertos, sería encontrar sobrantes y faltantes en cada sucinto capítulo. Eso es fácil, lo difícil es proponer una diferente manera de sintetizar. Porque lo que es incuestionable es la necesidad de estas nuevas síntesis. Hay, empero, dos reparos que pongo al libro, uno que sólo menciono para reclutar historiadores en busca de la salida, y otro que por seguro era fácilmente solucionable. El primero deriva de un acertijo para el cual no encuentro arreglo: sin duda la potencia de las historias patrias que sostienen fuertes nacionalismos deriva de la libertad que tienen estos relatos para ponerle emoción a la trama; pero cuando la prosa está guiada por una sana circunspección, por los bemoles, por el pluralismo de visiones, ¿cómo lograr capturar la atención de los lectores jóvenes? Nadie podrá cuestionar la claridad de exposición de *Arma la historia*, pero más de uno sentirá nostalgia de emoción aquí y allá. Desarmar enraizadas historias con nueva investigación, datos duros e innovado-

ras ideas, es difícil pero es posible. Desarmar historias contando historias (*stories*) es un reto más enredado. Requiere de técnica narrativa y de imaginación, sobre todo cuando se trata de síntesis, y son contados los que logran transmitir dudas, enigmas, mesura y claros-oscuros al tiempo que cuentan historias emocionantes.

Por otra parte, este dilema pudo haber sido menguado con el uso de un formato distinto. Este libro es pura prosa, sin pies de página —que ya va bien— y con unas cuantas gráficas al final. Pero tengo para mí que *Arma la historia* pedía a gritos un formato más amigable e imaginativo: ilustraciones, recuadros con documentos y anécdotas, mapas varios, *links*, gráficos de todo jaez, en fin, todo aquello que la industria del libro ha desarrollado con gran éxito. El poder de estos ensayos se hubiera duplicado con tal formato, sobre todo porque *Arma la historia* es lanzado como un instrumento de uso, un rompecabezas para armar en casa y en el salón de clases. No faltaron visiones de historiadores, el libro incluye de los mejores, lo que faltó es la mano sabia de un buen diseñador gráfico. Esperemos que una segunda edición cambie el formato y así nos proporcione el símil práctico para el rompecabezas que es enseñar historia.

Mauricio Tenorio Trillo

Universidad de Chicago

Centro de Investigación y Docencia Económicas

ORTIZ ESCAMILLA, Juan y María Eugenia TERRONES LÓPEZ (coords.), *Derechos del hombre en México durante la guerra civil de 1810*, Comisión Nacional de los Derechos Humanos e Instituto Mora, México, 2009

La propuesta de este libro es arriesgada. No parece fácil hablar de “derechos del hombre” en una sociedad todavía en gran par-